

**el canto de los pájaros, las campanas de la iglesia, el sonido del agua corriendo por el río que atravesaba la aldea. En una de las casas de la aldea, vivía Marta, una joven de unos veinte años, con su madre y su hermano menor. Marta siempre había sido una niña muy curiosa, y desde pequeña había mostrado un gran interés por los libros y por los relatos de las historias que la gente contaba en la plaza del pueblo. Aquella mañana, Marta se despertó temprano, excitada por el día que le esperaba. Había oído hablar de una misteriosa cueva que se encontraba en lo alto de la colina, y que según la leyenda, estaba llena de tesoros y de secretos bien guardados. Marta había decidido que aquel día iría en busca de aquellos tesoros, y así fue como comenzó su aventura. Después de desayunar, Marta se preparó para partir en su búsqueda. Se colocó una mochila en la espalda, en la que metió un par de libros, algo de comida y una botella de agua. Se despidió de su madre y de su hermano, y emprendió el camino hacia la colina. La subida era empinada y costosa, pero Marta estaba decidida a llegar hasta la cima. El sol comenzaba a calentar y el calor se hacía cada vez más intenso, pero ella no se detenía. Después de una larga y empinada subida, llegó al final del camino la cueva estaba allí, frente a ella. La entrada a la cueva era muy estrecha y estaba cubierta de maleza y de ramas de árboles, lo que hacía que casi no pudiera verse. Marta se esforzó en retirar las ramas y la maleza, y entonces pudo ver la entrada a la cueva, oscura y misteriosa. Decidida a entrar, Marta sacó su linterna de la mochila y se adentró**

en la cueva. La luz de la linterna iluminaba su camino, pero no lograba llegar hasta el fondo de la cueva. La temperatura comenzó a bajar, y el aire se hacía cada vez más frío. Después de caminar por un tiempo, Marta divisó una extraña luz en la distancia. Se acercó a ella con precaución, y descubrió que aquella luz procedía de una enorme corona de cristal que había sido colocada sobre un pedestal de piedra en el centro de la cueva. Marta quedó asombrada por aquel hallazgo. La corona era enorme, y tenía una belleza única. Parecía que había sido labrada por las manos más expertas, y que irradiaba una energía especial. Después de contemplar la corona un rato, Marta decidió que era hora de volver a casa. Escondió la corona en su mochila y se puso en marcha de regreso a la aldea, emocionada por haber encontrado algo tan valioso. Cuando llegó a su casa, Marta mostró la corona a su madre y a su hermano, quienes quedaron impresionados por aquella maravilla. Pero los tres sabían que la corona debía ser resguardada y protegida, ya que había sido conservada en la cueva durante mucho tiempo. Marta decidió entregar la corona a las autoridades de la aldea, quienes prometieron mantenerla en un lugar seguro y protegerla de aquellos que quisieran arrebatársela. Fue así como Marta se convirtió en la heroína de la aldea de Gavaldá, y su valentía y determinación fueron reconocidas por todos los habitantes de la aldea. Y así, su aventura en la cueva se convirtió en la leyenda más fascinante que se había contado jamás en la pequeña aldea de Gavaldá.